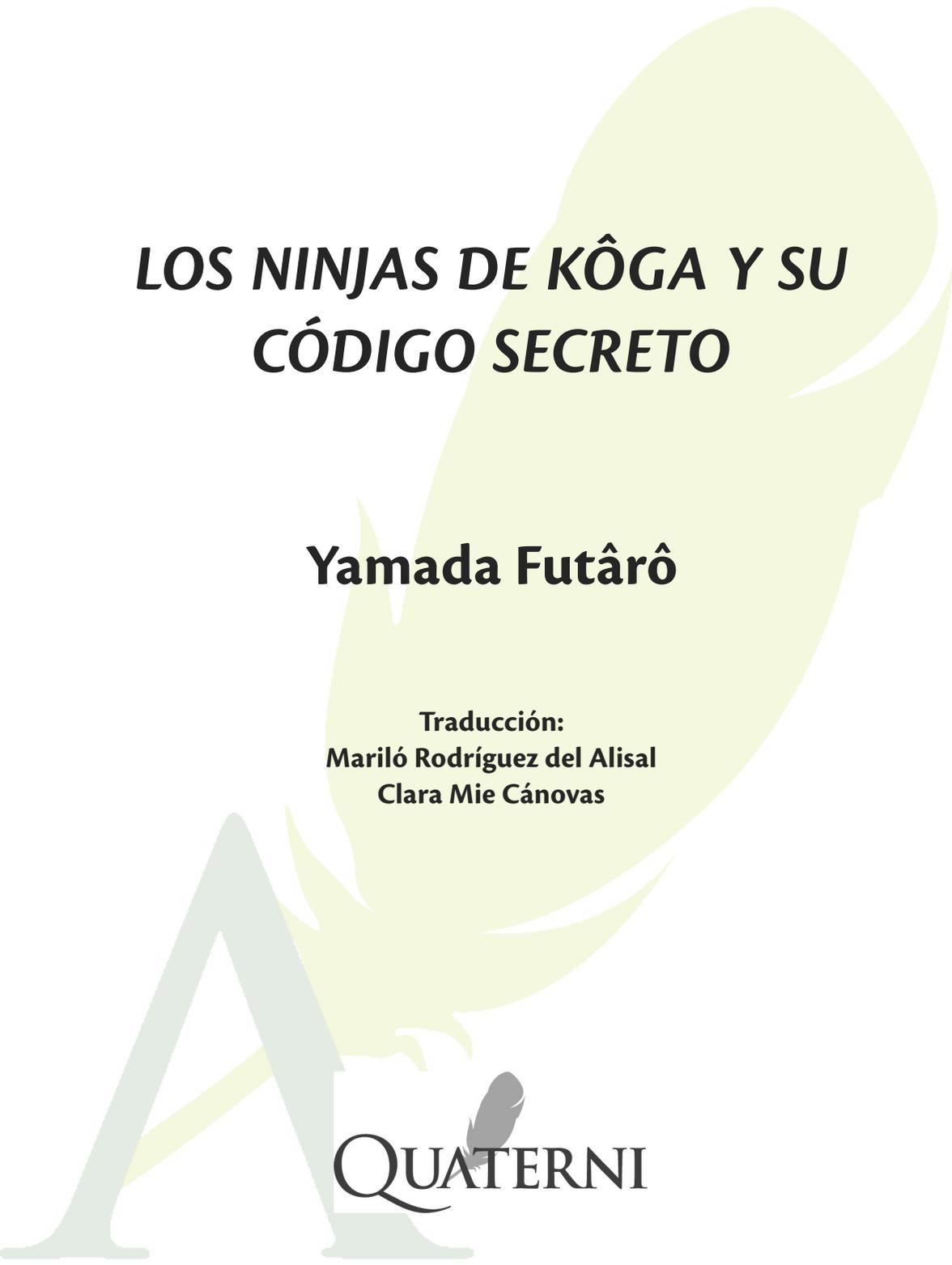


LOS NINJAS DE KÔGA Y SU CÓDIGO SECRETO

Yamada Futârô

**Traducción:
Mariló Rodríguez del Alisal
Clara Mie Cánovas**


**QUATERNI**



JAPAN FOUNDATION 国際交流基金

Este libro se ha publicado con el apoyo de la Fundación Japón.

Título original: Kouga Ninpouchou

Copyright © 2001, Keiko Yamada. All rights reserved

First published in Japan in 1998 by Kodansha Ltd., Tokyo

Copyright © 2012 Quaterni de esta edición en lengua española por acuerdo con Kodansha Ltd.

© Quaterni es un sello y marca comercial registrado

Traducción del japonés: Mariló Rodríguez del Alisal y Clara Mie Cánovas

Los ninjas de Kôga y su código secreto. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagieren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-940301-2-3

EAN: 9788494030123

BIC: FJH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Asesora y coordinadora: Mariló Rodríguez del Alisal

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de portada: Manuel Dombidau

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Gráficas Deva, S.L.

Depósito Legal: M-32499-2012

Impreso en España

17 16 15 14 13 12 (10)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

ALTAMENTE SECRETO

I.

Dos hombres se hallaban frente a frente en la explanada exterior del castillo de siete plantas que, contemplado desde lejos, daba la impresión de estar formado por filas de abanicos que se hubieran desplegado y superpuesto, unos sobre otros.

Bajo el resplandor del Sol, sus cuerpos se mostraban casi traslúcidos y, cuando las nubes proyectaban sus sombras sobre ellos sus figuras parecían fundirse, difuminándose en el aire.

Innumerables ojos los contemplaban, pero era como si vieran a través de una pantalla y, cada vez más, los que observaban debían esforzarse para no perderlos de vista.

Pero nadie apartaba su mirada de ellos. Porque entre los dos ninjas, separados por apenas cinco metros, circulaba un aire cargado de tensión extrema y amenazadora que, desplazándose en oleadas, atraía hacia ellos toda la atención. Sin embargo, ninguno de los dos empuñaba espada alguna: ambos se encontraban con las manos vacías. Si los presentes no hubiesen sido antes testigos de excepción del despliegue de técnicas de los dos contendientes, en el patio del castillo, probablemente no habrían podido reconocer ese flujo de aterrador desafío.

Uno de los hombres se llamaba Kazamachi Shôgen. De unos cuarenta años de edad, con numerosas protuberancias en la frente, mejillas hundidas y pequeños ojos, enrojecidos y brillantes, tenía un aspecto repugnante. Su espalda se arqueaba formando una joroba; sus extremidades de color ceniciento eran demasiado largas y se destacaban extrañamente en su figura. Tanto los dedos de las manos como los de los pies, que eran enormes, sobresalían uno a uno, como reptiles, de sus sandalias de paja.

Hacía unos instantes que cinco guerreros del castillo se habían enfrentado a este hombre, acosándolo. Antes de combatir, el ninja había afirmado que, si lo matasen, le estaría bien empleado por su falta de destreza. Cuando aquellos cinco guerreros, todos ellos distinguidos espadachines de la escuela *yagyû* estuvieron frente a él, se quedaron atónitos al ver su actitud descuidada, ya que si bien en la mano portaba una espada de considerable tamaño la tenía a un lado, colgando flojamente, y su figura se asemejaba a un espantapájaros.

Pero, inopinadamente, dos de los guerreros se tambalearon mientras lanzaban un alarido, aullando: “¡Aah!”, al tiempo que se cubrían los ojos con una de las manos. El hombre les había atacado sin utilizar ningún arma y sin haber pronunciado una sola palabra. Todavía sin comprender qué pasaba ni cómo se había producido, los otros quedaron dominados por el pánico. Al darse cuenta del ataque, cargaron frenéticamente, blandiendo y agitando sus katanas, impulsados tanto por el instinto como por el pavor.

Shôgen corrió hacia un lado. Allí se encontraba la muralla del castillo. Voló como un torbellino y, huyendo de la amenaza de las tres espadas, trepó por el muro defensivo de la fortaleza; pero lo más sorprendente fue que en ningún momento dio la espalda al enemigo. Es decir: lo hizo adhiriendo sus

extremidades a la pared. Pero a decir verdad, no fue así exactamente: en su mano derecha seguía sosteniendo su arma, por lo que utilizó solamente la mano izquierda y ambas piernas en su ascensión. Su figura en ese momento parecía una araña que se deslizara sobre la gigantesca superficie de piedra, y desde los escasos dos metros de altura donde se encontraba, miró hacia los samurais que se encontraban abajo mientras estiraba los labios en una sonrisa forzada.

Solamente hizo un gesto, entreabriendo la boca. Y de esta, salió algo despedido que se estrelló contra los tres guerreros, quienes no pudieron evitar cerrar los ojos, hundiéndose. Los otros dos aún se retorcían mientras se cubrían la cara. Con la espalda todavía pegada al muro, sin hacer el más mínimo ruido, Kazamachi Shôgen se deslizó hacia abajo. El combate había terminado.

Lo que este ninja había hecho volar despedido desde su boca, era un arma insólita. Se trataba de una flema del tamaño de una moneda de la Era Keichô. Para cualquiera, no habría sido más que un simple esputo, pero Shôgen tenía la capacidad de producir unos mucílago extraordinariamente densos y pegajosos. Después de haber recibido su impacto, los cinco soldados no podrían sacarlos de sus ojos en varios días y cuando lo consiguieran, se arrancarían también las pestañas en el intento.

A continuación, fue Yashamaru, un joven perteneciente a los ninjas de Iga, quien se midió con cinco samurais. Era en verdad un apuesto muchacho. A pesar de estar ataviado con un basto atuendo, típico de las montañas, tenía las mejillas rosadas como las flores de cerezo y los ojos negros y brillantes. Parecía la viva representación de la lozanía primaveral.

Enfrentado a los cinco guerreros, ni siquiera tocó la típica espada de su agreste región que le pendía de la cintura,

amarrada con un cinturón de ratán, sino que esgrimió una especie de cuerda de color negro. Esta tenía unas características verdaderamente increíbles y, a pesar de ser extremadamente fina, resultaba fuerte como el acero. Ni siquiera el mandoble directo de una espada podía cortarla. Relucía intensamente bajo la luz del Sol, pero una vez que este se ocultaba, era imposible distinguirla.

De pronto, el látigo misterioso se enrolló a una de las espadas, volando en lo alto del cielo. Un agudo silbido capaz de destrozar los tímpanos resonó al desplazarse horizontalmente y dos samurais se derrumbaron, llevándose las manos a los muslos y a las caderas. El cable se agitó en las manos de Yashamaru que tiró de sus extremos, girándolo en varias direcciones a la vez. Atacó tanto a quienes se aproximaban como, incluso, a los otros dos que se encontraban a unos tres metros y, echándoles su lazada al cuello, los atrapó como si hubieran sido bestias.

Al parecer, ese látigo había sido fabricado con mechones de negro cabello de mujer; insertados después uno a uno, mediante una técnica característica, y untados después con grasa animal. Con tan solo que rozase la piel humana, el efecto era igual a la estocada punzante de una espada de hierro. Fustigado sobre los muslos de cualquiera, la carne se abría, como si hubiera sido segada por la aguda hoja de una guadaña. Ese cable desplegado alcanzaba hasta unos diez metros y parecía tener vida propia girando, reculando, segando, enrollándose y amputando los miembros de sus enemigos, por lo que resultaba imposible resistirse a él. Para colmo, al contrario que si hubiera sido una katana, no había forma de saber cuál sería el siguiente movimiento de quien lo manejaba: resultaba una incógnita total. No dependía de la posición en la que se colo-

case Yashamaru ni de su postura, por lo que sus oponentes no tenían forma de poderse defender, ni de iniciar su ataque.

Ahora, había llegado al fin el momento: esos dos hombres que habían derrotado cada uno de ellos a cinco samurais utilizando unas técnicas prodigiosas, se enfrentaban entre ellos en silencio, como en un ritual de hechicería.

Las nubes anunciadoras del verano que pendían sobre la fortaleza se veían cada vez más finas y casi desaparecían, esfumándose, como absorbidas por el cielo. Habían pasado solamente unos minutos, pero daba la impresión de que era toda una eternidad. Así discurría el tiempo...

La boca de Kazamachi Shôgen se abrió en una rígida sonrisa. Sin mediar un instante, un chasquido surgió del puño de Yashamaru y su látigo se lanzó como un torbellino imparable sobre el otro, que cayó al suelo. Durante unos segundos, todos los espectadores contemplaron la visión fantasmal de una enorme araña de color ceniciento arrastrándose por el suelo. Pero enseguida comprendieron que, sorprendentemente, Kazamachi no solamente no había resultado herido por la correa, sino que había conseguido escapar. A gatas, tal como estaba, de su boca salió disparada una flema pegajosa de color verde pálido dirigida hacia la cabeza de su adversario; pero se desvaneció en el aire, delante del rostro del muchacho: justo cuando aquella mucosidad gelatinosa se iba a estrellar en su cara, fue rechazada por el látigo y, al ver que este giraba en la mano de Yashamaru, el pavor se reflejó en la cara de Kazamachi por primera vez. Continuando a gatas, reculó hacia atrás mientras dejaba la cabeza colgando al frente y huyó con rapidez, como una araña de agua, encaramándose al torreón de piedra de la fortaleza. Hasta allí ascendió un "¡Aah...!" de los espectadores cuando, todos al unísono, exhalaban un suspiro.

El cuerpo de Shôgen daba la impresión de volar hacia el blanco muro, escapando así del extremo del látigo que esgrimía Yashamaru. De pronto, reptó velozmente hacia arriba, para desaparecer bajo la sombra de uno de los curvados capiteles que ornaban los salientes en la cubierta del castillo. Desde allí, lanzó su pegajosa flema. Pero la figura de su rival ya no se encontraba en ese lugar: había enrollado el otro extremo del cable al saliente de la cubierta, y trepó por ella, con lo que su cuerpo pendía ahora en el vacío. Shôgen se deslizó entonces a través de las tejas de bronce, pero Yashamaru le arrojó de nuevo el extremo de su látigo. De esta manera, una oruga fluctuante lanzaba su hebra mortífera mientras que una araña que no dejaba de agitarse frenéticamente de un lado a otro, escupía flemas diabólicas. Ese combate por los aires que se libraba bajo las nubes cambiantes de la primavera, no era un mero duelo entre seres humanos: se trataba de un enfrentamiento entre dos criaturas excepcionales que no parecían ser de este mundo.

Entre los espectadores de ese desafío de pesadilla, se hallaba el señor del castillo. Agitó la mano y miró hacia un lado, diciendo:

“Ya basta. Haz que se detengan, Hanzô. Diles que mañana continuaremos el combate”.

La lucha se había desplazado ya por tres plantas de la fortaleza. Si seguían tal como hasta ahora, al menos uno de los dos ninjas (o incluso ambos) terminaría por morir. Pero el amo del reducto habló entonces con tono áspero y cortante:

“Esto no debe ser un espectáculo para que el público de la villa lo contemple. Sunpu está lleno de observadores forasteros de Osaka”.

Quien hablaba era Tokugawa Ieyasu.

II.

Era a finales de abril del año 19 de la Era Keichô (1614), cuando el poderoso señor Tokugawa Ieyasu contemplaba este insólito combate desde el interior del castillo de Sunpu. Le acompañaban el shôgun Hidetada con su esposa oficial, Eyo y, entre ambos, sus hijos Takechiyo y Kunichiyo, así como jerarcas de alto nivel como Honda, Sakai o Ii, sentados todos juntos a su alrededor. También se encontraban en el lugar el abad Konchi-In-Sûden, Nankû Bôtenkai y el espadachín Yagyû Munenori, entre otros. Es decir, que aquí se veía a lo más representativo de la familia Tokugawa, así como sus consejeros y personas de confianza.

Osaka era el último reducto en Japón que se resistía a su dominio. Como desde octubre de ese mismo año se había establecido en la ciudad un campamento de invierno con una guarnición, lo que había comentado Ieyasu sobre los “observadores forasteros” cobraba un sentido especial. Porque en esa palabra se escondían dos significados, y no era tanto con relación a la extraordinaria concurrencia que le acompañaba en ese momento, como por cierto tipo de gente venida de otros feudos que pudiese estar mezclada con el resto de asistentes, a pesar de ser tan diferentes de ellos como fríos meteoritos caídos del cielo a la tierra.

Sentados frente a Ieyasu, a una cumplida distancia de aproximadamente cinco metros, se hallaban dos personas de edad: un hombre y una mujer. Ambos tenían el cabello blanco como la nieve. La piel del anciano tenía el lustre del oscuro cuero, siendo la de la anciana de un frío color pálido. A pesar de ello, ambos transmitían un misterioso vigor, similar al de infatigables y enérgicos generales en el campo de batalla.

Los dos adversarios que se habían enfrentado llegaron hasta el lugar, rápidos como el viento, uniendo sus manos en señal de respeto. Kazamachi Shôgen se inclinó ante el anciano y Yashamaru ante la anciana. Ni él ni ella emitieron ningún sonido, dando su aprobación con un sencillo gesto, pero con el rabillo del ojo miraron a aquellos dos expertos contendientes: él, a Yashamaru, y ella, a Kazamachi Shôgen.

“Ha sido una demostración extraordinaria”.

Sin hacer distinción entre ninguno de los dos, Tokugawa pronunció estas palabras inesperadamente, mirando al frente y como refiriéndose a ambos por igual, preguntó:

“¿Qué te ha parecido, Mataemon?”.

“Temo incurrir en descortesía si hablo, señor”.

El maestro espadachín, Yagyû Munenori, inclinó la cabeza. Desde hacía unos años estaba al servicio del señor de Tajima, pero en el pasado había prestado sus servicios a la familia Tokugawa.

“Por supuesto que conocía la pericia de los ninjas, pero no podía imaginar que alcanzasen este nivel. Antes de culpar a mis discípulos por haber hecho el ridículo, os ruego que me consideréis a mí como responsable”.

Unas pequeñas gotas de sudor se deslizaron por su frente.

“A pesar de que los Iga y los Kôga se encuentran a poca distancia de mis territorios, desconocía totalmente su capacidad. Lamento haberme equivocado y me siento muy avergonzado por ello”, concluyó.

Ieyasu no hizo ningún comentario crítico hacia Munenori y, dirigiéndose a Hattori Hanzô, le expresó su aprobación:

“Hanzô, nos has ofrecido una extraordinaria demostración”.

Este, que permanecía atendiendo el servicio de Ieyasu, unió sus manos en reconocimiento por las palabras de su señor,

mientras una amplia y satisfecha sonrisa se dibujaba en su rostro.

“Hanzô, ¿es que no vamos a ofrecer sake a Danjô de Kôga, a Ogen de Iga y a sus dos ninjas?”

En el momento en el que su vasallo se acercó diligente a los huéspedes, Ieyasu giró el rostro, dirigiendo una mirada escrutadora a su izquierda y a su derecha. A un lado se encontraba Takechiyo, su nieto mayor. Cerca estaba Ofuku, la mujer que había sido su nodriza y lo había criado como si fuera su propia madre. También estaba Hokino, responsable de la guarnición de Aoyama, así como Doi Ôi-no-Kami, Sakai, de Bingo, Honda Sado-no-Kami, Nankô Hô y otros más.

En el lado opuesto, se sentaban el shôgun Hidetada y su esposa, Eyo. Junto a ellos, estaba el segundo hijo de Hidetada y nieto de Ieyasu, Kunichiyo, así como el responsable de la guarnición de Asakura, Honda Kozuke-no-Suke; el señor de Ii y el abad de Konchi-In, entre otros.

Bajo la profunda y penetrante mirada de Ieyasu que iba saludando elogiosamente a todos, ellos erguían la figura, en tensión. Había que tomar una decisión respecto a la sucesión de su amo. A medida que el poderoso señor Tokugawa Ieyasu les refería aquel plan suyo tan sorprendente, se puso de manifiesto que iba a asumirse un enorme riesgo.

¿El próximo shôgun sería Takechiyo o Kunichiyo?

Ieyasu tenía setenta y tres años.

Había decidido que Osaka sería para él su última campaña militar, y se preparaba para ello.

Toyotomi Hideyori gobernaba esa ciudad. A instancias de Ieyasu había ordenado edificar un templo para el Gran Buda en la zona Higashiyama de Kyoto, a la memoria de su padre Toyotomi Hideyoshi a quien se conocía como el *Taiko*. A

mediados de abril habían empezado a fabricar la gigantesca campana del templo. La ciudad de Osaka ya había empezado a acusar la fuerte presión de los impuestos que se obligaba a pagar a sus habitantes, con destino a la edificación, algo que entraba en el plan urdido desde hacía tiempo por Ieyasu. En cuanto la campana estuviera terminada, Ieyasu esgrimiría como pretexto la inscripción grabada en su superficie para declarar la guerra de nuevo. Estaba a punto de decidir un plan definitivo, junto con sus consejeros, para disponer de un pretexto que justificara su ofensiva. La frase inscrita sobre la campana: *El país en paz, los señores satisfechos*, en donde se incluían al final los nombres de Hideyori y de Tokugawa, escritos en ideogramas *kanji*, sería el motivo que iba a esgrimir Ieyasu: aduciría sentirse ofendido por la mencionada inscripción y por cómo aparecía su nombre¹. Esto era algo que carecía realmente de sentido, pero Ieyasu tenía necesidad de una justificación para atacar la ciudad de Osaka. Ese incidente ponía de manifiesto su verdadera naturaleza, que le había valido el apodo de *viejo zorro*.

Pero en este momento, habiendo llegado ya a los setenta y tres años, empezaba a acusar de forma notable el declive físico en su organismo.

Seguramente, se alzaría con la victoria, aunque a pesar de sus planes le llevaría uno o dos años conquistar el bastión de su enemigo, el castillo de Osaka. Pero ¿viviría tanto como para que sus oscuras pupilas pudiesen contemplar esa fortaleza consumida por las llamas? Eso era algo que no podía tener por seguro.

¹ Tokugawa esgrimió ante Hideyori que, aparentando un deseo de buena voluntad, los signos de esas inscripciones tenían un doble sentido, humillante para él y que, además, su nombre aparecía dividido en dos por otro. (Nota trad.)

Llegado al ocaso de su vida, de pronto podía ver la negra sombra de ese castillo alzándose ante él. Y, también, en ese declive de su existencia divisaba la amenaza proyectada por una gigantesca nube de pesadilla: el futuro de la familia Tokugawa después de que él desapareciera.

¿Quién sería el que sucediese a Hidetada: ¿Takechiyo? ¿Kunichiyo? Es decir, ¿el hermano mayor, o el menor?

Elegir al mayor, significaría seguir el sistema de sucesión por el que hereda el primogénito. Mas, contemplando a esos dos niños de once y nueve años, no podía evitar sentir dudas. La cuestión era que, aun amando a sus dos nietos por igual, Takechiyo, el mayor, era tartamudo e incapaz de hablar con claridad en público, además de tener una cierta predisposición a quedarse como ensimismado. Por el otro lado estaba Kunichiyo, de carácter atractivo y despierto. ¿El pasmado hermano mayor, o el sagaz hermano menor?

Al encontrarse ahora lleno de dudas respecto a sus nietos, le venía a la mente, una y otra vez, el destino de su propio hijo. Hacía treinta y cinco años que Ieyasu perdiera a su primogénito Nobuyasu. Habiendo sabido a través de Oda Nobunaga que su hijo andaba en tratos secretos con el señor feudal Takeda, enemigo de ambos, Ieyasu no pudo evitar dar la orden para la eliminación de Nobuyasu, por el bien de su linaje y a pesar de tener que tragarse las lágrimas. En aquel entonces Hattori Hanzô, el caudillo de Iga, se encargó, en representación suya, de comunicar a Nobuyasu que debía suicidarse mediante *seppuku*¹.

1 A un samurai se le concedía la gracia de cometer suicidio, en vez de ser ajusticiado, pero no podía negarse a ello. Por tanto, muchos de los que murieron de esa forma, no lo hacían tanto por su propia voluntad como por órdenes de un superior o de alguien que los había vencido. Aunque Ieyasu se lo ordenó a su hijo, fue por exigencias de Oda Nobunaga, quien era precisamente suegro de Nobuyasu. No solo murió este, sino también su madre, esposa de Tokugawa, por el mismo delito. (Nota trad.)

En incontables ocasiones durante los últimos años, Ieyasu se había lamentado amargamente de su intervención en la muerte de ese vástago. Tras la batalla de Sekigahara, no podía dejar de suspirar por su hijo pensando: “Ya he llegado a viejo y mis huesos se resienten. Si él estuviera aquí, no me resultaría todo tan difícil”, pues su primogénito había sido verdaderamente un niño prodigio, capaz de colmar sus expectativas. Si todavía continuase vivo, Ieyasu no se vería en estos problemas actuales. Su segundo hijo era Hideyasu y el tercero, de carácter muy responsable, Hidetada. Ieyasu se decidió por este, nombrándolo sucesor, pero debido a ello, el segundo experimentó una frustración y unos celos terribles el resto de su vida. A causa de su virulencia, ni Ieyasu ni Hidetada sabían muy bien cómo conducirse con él.

En el fondo de su alma, el anciano era bien consciente de los problemas que acarrea la sucesión. Era algo que no solamente sucedía en la familia Tokugawa. En la de Oda ya había sucedido: él mismo fue testigo de cómo la mitad de sus años mozos los había consumido Nobunaga enfrentado a su hermano menor, Nobuyuki. Ocurría en todos los linajes, y en cualquier lugar.

Cavilando sobre la decisión que debía tomar ahora, se sentía confuso: tanto su hijo Hidetada como su esposa oficial¹ preferían al segundo de sus hijos, Kunichiyo, sobre el primogénito Takechiyo. Hasta ahora, el patriarca había aparentado no tenerlo en cuenta. Pero recientemente había surgido una facción que apoyaba a Takechiyo, y otra que apoyaba a Kunichiyo, por lo que no había más remedio que reconocer la envidia y el rechazo que existían entre uno y otro bando.

1 En el Japón feudal, todo aquel que pudiera permitírsele tenía *primera esposa*, u oficial, y una o dos más.

Por su parte, Hidetada intentaba suavizar las relaciones entre su esposa oficial, Eyo, y Ofuku, la nodriza de Takechiyo, enfrentadas desde el principio de su relación por una animadversión mutua. La madre de Eyo era hermana menor de Nobunaga, y la nodriza Ofuku (quien más tarde se convertiría en la noble dama Kasuga) era hija de un samurai de rango superior, quien había estado al servicio de Akechi Mitsuhide, el general que acabó con Nobunaga, por lo que existía entre ellas una enemistad irreconciliable.

Las dos facciones se habían dividido, de forma que a Takechiyo le apoyaban Tenkai, Doi y Sakai, y a Kunichiyo le apoyaban Suden e Ii. Incluso en el caso de algunos de los generales más prudentes, como Honda Sado o Ueno Suke, en cuyas familias se había producido una escisión: los hijos apoyando a uno de los candidatos y los padres, al otro, por lo que la situación resultaba ya insostenible.

Ese invierno, alguien echó veneno en el té que iba a beber Ofuku. Recientemente también, Kunichiyo había visto en peligro su vida por unos disparos contra él en la oscuridad de la noche. ¡No podía continuarse de esa manera! Si la situación seguía así, todo resultaría inútil e, incluso, en el caso de que Osaka fuera arrasada, sería como contemplar en un espejo la propia destrucción de la familia Tokugawa.

Pues bien, ¿a cuál de sus nietos debía elegir? Esto era algo que a pesar de ser él nada menos que el poderoso Ieyasu, le producía ansiedad y desazón. ¿Debía seguir estrictamente la ley de sucesión? Y, si el primogénito era un retardado, ¿qué consecuencias atraería esa decisión? Ieyasu había vivido la situación del país dividido en guerras y también había presenciado el ascenso y caída de muchas familias. ¿Debía entonces elegir al más digno de confianza, ignorando la ley sucesoria?

El conflicto que se iba a desarrollar a partir de ahora le hacía recordar dolorosamente la querrela entre Hideyasu y Hide-tada. Hasta qué punto representaba la sucesión un problema realmente difícil para él, lo muestra que, con posterioridad, dictase leyes para controlar la designación de herederos, aunque ello no evitó que siguieran surgiendo querellas en el seno de las familias.

Tan solo Ieyasu era consciente de la importancia que tenían las siguientes tres generaciones de su linaje, pues ellos serían decisivos para la continuidad de los Tokugawa en los próximos mil años. Por eso mismo, resultaba crucial la resolución de la lucha interna entre las dos facciones. Ahora bien, según iban pasando los años, cada vez había más rivalidades entre los dos bandos por los intereses, las fidelidades, los rencores y los sentimientos, hasta el punto de que él mismo dudaba si podría arreglar ese problema. Debía actuar cuanto antes. Por una parte, desconocía cuánto tiempo le quedaría a él de vida y, además, el fin de la guerra se veía próximo por lo que urgía solucionarlo enseguida. Y eso tenía que llevarse a cabo, de forma que sus enemigos de Osaka no se enterasen de la lucha interna que se estaba librando en el seno de su familia.

Fue una noche en la que caía la nieve, a principios de la primavera. Ieyasu había invitado al abad Tenkai a su castillo de Sunpu y ambos se hallaban sentados, frente a frente, en la sala secreta. Bajo pretexto de ser instruido en los principios budistas de la secta Tendai, el verdadero propósito de Ieyasu era mantener ambos una conversación altamente confidencial. Después de meditar cuidadosamente, Tenkai aventuró una posible solución.

“Tanto si se decide una vía u otra basándose bien en la lógica, bien en los sentimientos, la otra parte siempre la rechazará. Por

eso, debéis fijar un duelo entre dos bandos y estos señalarán los adversarios que se van a enfrentar, en representación de cada uno. Vos podréis decidir según el resultado de esa lucha”.

Tokugawa alzó los ojos, y observó a Tenkai. Si bien el abad apoyaba en principio la facción a favor de Takechiyo, le atormentaba también, sin lugar a dudas, la continuidad del linaje Tokugawa.

“¡Apostemos por los especialistas de la espada para dirimir el destino de ambas facciones!”.

Era un método propio de hombres, adecuado para la casta samurai pero, al mismo tiempo, resultaba excesivamente simple.

El abad Tenkai, persona tan excepcional como enigmática, daba la impresión de sentirse muy implicado también en ese problema familiar.

“Buen plan... Pero la victoria con la espada depende a veces de la buena o de la mala fortuna. Por tanto, si a un bando le acompaña la suerte, se espera del otro que acepte la derrota. Ahora bien, en este caso concreto hay involucradas mujeres vengativas, y no creo que acepten fácilmente el resultado de un duelo entre dos contendientes”.

“Entonces, que sean tres por cada uno...”.

“El mero hecho de seleccionar esos tres guerreros de cada camarilla provocaría más problemas internos en la familia”.

“Pues que sean cinco de cada uno...”.

“Huhm...”.

“Diez guerreros. Que sean diez. Combatiendo en ese número, sin duda que ambas facciones estarán de acuerdo con el resultado final: nadie lo achacará a la suerte, ni habrá resquemores”.

Ieayasu asintió, pero, al instante, denegó con la cabeza, desaprobadoramente:

“Llegando hasta el punto de pelear diez por cada bando, sin duda que cada uno tendrá que conformarse. Pero, como consecuencia de ello, si cada grupo va a tener la posibilidad de elegir a sus diez mejores guerreros, el conflicto se extenderá a la totalidad de las familias pertenecientes a cada facción: Doi contra Ii; Sakai contra Honda... Obligarlos a batirse entre ellos, sería algo monstruoso, y absurdo, también. Y no solamente eso: la lucha no tardaría en encontrarse, haciéndose del dominio público. Será imposible ocultarlo a los de Osaka. Y este es un asunto confidencial, que afecta solo a la familia Tokugawa”.

Tenkai entornó parcialmente los ojos mientras escuchaba el sonido de la nieve al caer. El apartado y misterioso recinto parecía enteramente un monasterio perdido en la montaña. De pronto, el abad abrió los ojos.

“Los ninjas”, susurró.

“¿Ninjas...?”.

“Me refiero a utilizarlos a ellos... Mientras escuchaba ahora el rumor de la nieve al caer, he recordado de pronto otra noche similar en el pasado, en el templo Anyo-In de Kojimachi, en Edo, donde estuve hablando con Hattori Hanzô, padre del actual Hattori. Al parecer, los ninjas de Iga y de Kôga no han estado en paz desde época tan antigua como la del conflicto entre los Genji y los Heike. Durante más de mil años, han sido enemigos irreconciliables. La familia Hattori ha sido mediadora entre ellos, evitando que se maten unos a otros, pero si los dejaran a su libre albedrío ambos bandos retomarían su sangrienta contienda. Me comentaba que ambos clanes resultan muy difíciles de controlar. Justamente uno de ellos apoya a Takechiyo, y el otro, a Kunichiyo. ¿Qué os parece si encomendamos a Hattori que les permita volver a guerrear entre ellos?”.

Tenkai dejó escapar una inquietante sonrisa, diciendo:

“De esa forma, los de Osaka no llegarán a saber nada, y aunque esas dos familias de guerreros-espías se ahoguen en un mar de sangre, nada de ello afectará a vuestros samurais”.

Ieyasu permaneció largo rato sumido en sus pensamientos, y luego pareció hablar como para sí:

“Hattori... Es el hombre que se encargó de provocar la muerte de Nobuyasu. Ahora, se trata de enterrar a uno de mis nietos. Debe ser que, de nuevo, he de recurrir a un sujeto de Iga para resolver algo...”.

Esbozó una amarga sonrisa, mientras innumerables arrugas aparecían en tropel sobre su cara. Verdaderamente, si ese plan se hacía realidad, el destino del linaje Tokugawa dependería de los dos clanes de ninjas. Sin embargo, el hecho de que esa orden proviniera de Ieyasu, no dejaba de ser una lúgubre ironía.

III.

El sino de los guerreros de Kôga y de Iga estaba vinculado misteriosamente a la dinastía Tokugawa.

Para empezar, ¿cómo fue que los miembros de esos dos clanes de habían llegado a dominar de tal forma sus impresionantes técnicas de lucha y espionaje? La respuesta estaría en la topografía de su territorio, cubierto de montañas y de valles que habría propiciado la proliferación de una serie de clanes, cada uno con su particular esfera de poder. Por otra parte, su proximidad a Kioto, la capital, favoreció que las fuerzas derrotadas de los Heike, Kiso y Yoshitsune se infiltraran en esa región, dejando allí sus huellas. Así mismo, durante

las guerras de las dinastías del Norte y del Sur¹, su territorio se convirtió, según las crónicas, en escenario importante de esas luchas violentas, por lo que existen también razones socio-históricas en las circunstancias de los ninjas de Iga y de Kôga. Por otra parte, hay datos de que en la llamada *Rebelión Jinshin*, el emperador disidente que se sublevó, O Amano Ôji, utilizó a los ninjas de Iga para llevar adelante sus intereses. Existe también la leyenda de que Ise Saburô Yoshimori, el vasallo de Yoshitsune, era un ninja de Iga. Cuando Sasaki Rokkaku Nyûdo, perteneciente a una prestigiosa familia de Ômi, se alzó contra el shôgun Ashikaga, los guerreros de Kôga se pusieron a sus órdenes, convirtiéndose en un tormento para el gobierno establecido, asombrando por doquier con sus impresionantes técnicas, siendo conocidos por el apelativo de *Los ganchos de Kôga*, en alusión a las armas que utilizaban. Por todo esto, los métodos de lucha clandestina de los ninjas de ambas facciones tenían raíces muy antiguas, pero se habían mantenido ocultas. Una característica había permanecido constante en su trayectoria: se habían alineado en general frente a la clase gobernante, algo que ponía de manifiesto su carácter desafiante y su naturaleza bravía e indómita.

Durante la llamada *Guerra de los feudos*, las artes y métodos de los ninjas adquirieron importancia, siendo utilizados con gran frecuencia: espionaje, escuchas, envío de sicarios, provocación de incendios, hostigamiento a las fuerzas enemigas... Los rivales intentaban aplastarlos y se referían a ellos como *Bandidos de la noche*, *Olas destructoras*, o *Los que se*

1 El período entre 1337 y 1392 se caracterizó por la rivalidad entre dos dinastías de emperadores que luchaban por la legitimidad imperial. Se conoce en japonés como *Nanboku jidai*. La Casa Imperial en Kioto se dividió en dos facciones; una de ellas descendía del emperador Go-Fukakusa (en el poder, entre 1246-1260) y la otra, del emperador Kameyama (en el poder, entre 1260-1274).

escabullen. Poderosos daimyô rivalizaban por tenerlos entre sus filas, hasta que finalmente las cincuenta y tres familias de Kôga y las doscientas sesenta familias de Iga representaron dos formas diferentes de ejercitar esas técnicas secretas.

Pero llegaron tiempos críticos para ellos. Oda Nobunaga había conseguido unificar casi la totalidad de los territorios de Japón, y entonces decidió que era necesario dominar la indómita región en donde habitaban. Una de las causas que le hacían recelar aún más de esos clanes de Iga y de Kôga, era la proximidad a la capital desde las zonas donde habitaban. Pero era aún más importante la animadversión que sentía hacia sus poderes ocultos, a pesar de haber hecho uso frecuente de sus técnicas en el pasado. Por ese motivo, los ninjas se enfrentaron a este señor feudal en la llamada *Rebelión de Iga en la Era Tenshō*.

En ese tiempo de conflicto generalizado en todo el país, los guerreros de Kôga y de Iga se unieron obstinadamente, intentando defender cada palmo de sus territorios. Pero las tropas de Nobunaga eran muy superiores en número y, finalmente, fueron arrasados por las tropas del general. Hasta ese momento, sin embargo, las técnicas de hostigamiento desplegadas por ambos clanes sobre las tropas de su invasor habían tenido mucho éxito: en incontables ocasiones consiguieron manejarlas a su antojo e, incluso, el mismo caudillo se salvó de milagro del tiroteo al que lo sometieron en una ocasión, por lo que, en cuanto le fue posible, los aniquiló sin clemencia destruyendo sus fortalezas, los santuarios y templos; dando muerte a monjes y a laicos, a hombres, a mujeres y a niños. Los escasos habitantes que lograron escapar con vida se dispersaron, huyendo aquí y allá en todas direcciones, porque sus aldeas ya no existían, refugiándose especialmente en Mikawa, feudo de la familia Tokugawa. Ello se debió a que, entonces,

un destacado miembro de los Iga llamado Hattori Hanzô prestaba allí sus servicios. Aunque no lo declaraba públicamente, Tokugawa Ieyasu se había fijado hacía años en los ninjas de ambos clanes. Precisamente porque era consciente del beneficio que podría reportarle, desde el punto de vista personal y de su feudo, la utilización de sus tácticas de espionaje como base importante de su gobierno¹ es por lo que hacía años había llevado a su servicio a los dirigentes locales de los Iga y de los Kôga. El jefe de todos ellos era Hattori Hanzô.

Los Hattori eran descendientes de los guerreros de Heike que, durante la prolongada contienda con sus rivales, los Genji, se refugiaron en aquella región montañosa. Se decía, incluso, que antes de ese conflicto cierta rama de su linaje gobernaba uno de los distritos de Iga. De cualquier forma, Hanzô había demostrado cumplidamente su utilidad a Ieyasu, tal como se puso de manifiesto en el caso de su hijo Nobuyasu, cuando ejerció como enviado suyo llevando hasta el primogénito un mensaje de muerte, conminándole al suicidio.

A partir de aquella *Rebelión de Iga*, Ieyasu se convirtió en protector de los ninjas, confiando múltiples trabajos a los guerreros de ambos clanes, y Hattori Hanzô consiguió mucho prestigio como responsable de los dos grupos.

Ieyasu había sido invitado por Nobunaga para hacer un viaje de placer a la capital, Kioto, por lo que se encontraba alejado de su feudo en Mikawa, sin serle posible establecer contacto ni regresar. Como se trataba de una simple visita, iba acompañado de un séquito muy reducido y se encontró realmente en una situación muy apurada, por lo que llegó incluso a pensar en el suicidio. En aquellos momentos de peligro, los guerreros de ambos clanes se unieron como una

¹ El nombre Hattori Hanzô era hereditario, como las propiedades que recibió de Tokugawa.